

Ecumenismo, papado, testimonio¹

Moderador:

Podemos abrir inmediatamente el diálogo entre los dos participantes en este encuentro y, para facilitarles además su seguimiento, quisiera precisar que se tratarán dos asuntos: el ecumenismo en general y el papado. En una intervención posterior, se entrará en el tema del testimonio. Sobre el papado preguntamos acerca de la posibilidad de alcanzar una solución ecuménica de este problema y qué modelos de unidad son previsibles. En cuanto al ecumenismo, buscamos qué pasos adelante habrán de dar las confesiones cristianas para transformar la crisis actual en una innovación creativa.

Cardenal Ratzinger:

Queridos colegas, señoras y señores, quisiera expresar mi agradecimiento por esta invitación y por la posibilidad de un diálogo fraterno y franco con la facultad valdense de Roma. La primera cuestión prevista era el papado. Pido perdón porque quisiera, por lo que a mí concierne, invertir los dos temas, ya que opino que el papado es, sin duda, el síntoma más perceptible de nuestros problemas, pero sólo puede comprenderse si se enmarca bien en un contexto más amplio. Por eso juzgo que, afrontado de

¹ Encuentro entre el Card. Joseph Ratzinger, Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe y el Prof. Paolo Ricca, de la Comunidad Valdense de Roma. El encuentro se tuvo en el Centro evangélico de cultura de Roma el 29 de enero de 1993. Moderó el diálogo Bruno Corsari.

inmediato, no nos permite fácilmente hallar una vía de solución. Me parece que debería verse antes la perspectiva más general de la unidad de la Iglesia y de las iglesias para luego ubicar también el lugar donde puedan forjarse acuerdos o nuevos modelos para un consenso sobre esta dificultad.

Comienzo, por tanto, con los modelos de unidad y el planteamiento general del ecumenismo y de los pasos que hay que dar, que hay que imaginar. Para mí es importante distinguir dos tiempos, dos fases en el movimiento ecuménico: la meta final, el objetivo último al cual tendemos -que debe ser siempre el verdadero dinamismo y el principio motriz de nuestro esfuerzo ecuménico- y, por llamarlo de alguna forma, el tiempo intermedio, con soluciones intermedias. La meta final es, evidentemente, la unidad de las iglesias en la única Iglesia, pero este objetivo último no implica uniformidad. Unidad en la pluriformidad.

Me parece que la Iglesia antigua nos ofrece un modelo. La Iglesia antigua estaba unida en tres elementos fundamentales: la sagrada Escritura, la *regula fidei*, la estructura sacramental de la Iglesia; pero en todo lo demás, era una Iglesia muy pluriforme, como todos sabemos. Estaban las iglesias del área o de lengua semítica, la iglesia copta en Egipto, las iglesias griegas del imperio bizantino, las iglesias latinas, con grandes diferencias entre la iglesia de Irlanda, por ejemplo, y la iglesia de Roma. En otros términos, encontramos una Iglesia unida en lo esencial, pero caracterizada por una gran pluriformidad.

Naturalmente, no podemos restaurar las formas de la Iglesia antigua, pero podemos inspirarnos en ellas para ver qué posibilidades hay de recomponer la unidad y la pluriformidad. Ese es, por tanto, el objetivo, la finalidad de todo trabajo ecuménico: llegar a la unidad real de la Iglesia, la cual implica una pluralidad en las formas que aún no somos capaces de definir. Pero debemos tener presente también que esta unidad, que este objetivo final del ecumenismo, no es algo que podemos hacer nosotros solos. Hemos de empeñarnos con todas nuestras fuerzas, pero hemos también de reconocer que, en última instancia, esta unidad es un don de Dios, porque es suya la Iglesia y no nuestra. Una unidad construida totalmente por nosotros, de manera política o intelectual, podría crear una unidad y una Iglesia exclusivamente nuestras y no sería, por consiguiente, aquella unidad de la Iglesia de Dios hacia la que tendemos. Por eso, dado que, en última instancia, no está en nuestras manos crear esta unidad, debemos descubrir modelos para el tiempo intermedio.

Este modelo podría, según mi opinión, expresarse con la fórmula tan conocida de la diversidad reconciliada. En este terreno me siento muy cercano a las ideas manifestadas por Oscar Cullmann. Pero para explicar lo que trato de decir con estas palabras, permitan que les lea un fragmento de una conferencia que pronuncié el pasado otoño ante un grupo de jóvenes obispos europeos acerca de algunos problemas, entre ellos el del ecumenismo. Opino que muchos problemas surgen del hecho de considerar frecuentemente el ecumenismo desde un modelo político y tratarlo como si fueran negociaciones entre Estados o entre las partes interesadas en la actividad económica. Todo depende aquí de la prudencia y de la buena voluntad entre los interlocutores que, pasado cierto tiempo, han de alcanzar un acuerdo con compromisos aceptables para todos. De esta forma se piensa que las conversaciones entre las diversas iglesias deberían poco a poco llegar a concesiones a través de las cuales se alcanzarán acuerdos sobre los diferentes elementos que nos separan: doctrina de la justificación, ministerio, primado del papa, intercomunidad, etc. y, por último, desembocar en un pacto de reunificación.

Este modelo se construye prescindiendo de la realidad específica de la Iglesia. Se pone entre paréntesis que la Iglesia depende radicalmente de Dios y se olvida que es Él el verdadero sujeto agente en la Iglesia. Sólo Dios puede crear la última unidad eclesial verdadera. Las unidades hechas únicamente por nosotros no alcanzarán el nivel de la unidad sacramental y doctrinal. Para un verdadero ecumenismo es importante, por tanto, reconocer el primado de la acción divina. De esta actitud brotan dos consecuencias. La primera: el ecumenismo exige paciencia, el verdadero éxito del ecumenismo no radica en acuerdos siempre nuevos, sino en perseverar caminando juntos, con la humildad que respeta al otro, incluso cuando no se ha logrado la compatibilidad en la doctrina o praxis de la Iglesia; consiste en la disponibilidad para aprender del otro, en dejarse corregir por el otro, en la alegría y gratitud por las riquezas espirituales del otro, en una permanente esencialización de la propia fe, doctrina y praxis, que han de purificarse siempre y nutrirse de la Escritura, con la mirada fija en el Señor y en el Espíritu Santo con el Señor en el Padre. Consiste el ecumenismo en la disponibilidad para perdonar, para comenzar siempre de nuevo a buscar la unidad y, finalmente, consiste en la colaboración en las obras de caridad y en dar ante el mundo testimonio del Dios revelado. Si Dios es el primer agente de la causa ecuménica, el acercamiento en común al Señor es la condición fundamental de toda aproximación entre las Iglesias. Con otras palabras, ecumenismo es ante todo un actitud fundamental, un modo de vivir el cristianismo. No es un sector particular junto a otros sectores.

El deber de trabajar por la unidad pertenece a la estructura del acto de fe, porque Cristo ha venido para reunir a los hijos de Dios que estaban dispersos. La característica fundamental de un ecumenismo teológico y no político es, pues, la disponibilidad para caminar juntos incluso en la diversidad no superada; la regla práctica es hacer todo aquello que podamos nosotros por la unidad y dejar al Señor lo que sólo el Señor puede hacer. «*Oportet et haereres esse*», dice san Pablo. Quizás todavía no estemos todos maduros para la unidad y necesitemos el agujón en la carne, que es el otro en su alteridad, para despertarnos de un cristianismo mutilado, reducido. Quizás sea deber nuestro el ser unos para otros un agujón. Existe la obligación de dejarse purificar y enriquecer por el otro. Quizás la escucha humilde, recíproca en la diversidad, nos ayude más que una unidad superficial. Todas estas actitudes deben estar siempre unidas a la firme voluntad de llegar maduros al momento de la unidad.

El modelo de la diversidad reconciliada debe interpretarse en este sentido dinámico y en proceso. Esto es para mí muy importante: diversidad reconciliada no significa conformarse con la situación que tenemos, sino que es un proceso dinámico; es un ecumenismo positivo, si lo entendemos en este sentido. Incluso en el momento histórico en el cual Dios no nos da aún la unidad perfecta, reconocemos al otro, al hermano cristiano, a las iglesias hermanas, amamos la comunidad del otro, nos consideramos unidos en un proceso de educación divina, en el cual el Señor utiliza las diversas comunidades, recíprocamente, para hacernos capaces y dignos de la unidad definitiva.

Dicho esto, puedo pasar ahora brevemente al problema del papado. En este modelo se inserta asimismo una visión dinámica del desarrollo, no sólo de la unidad, sino también de los órganos de la unidad. Sabemos por la historia que el ministerio de la unidad, que, según nuestra fe, fue confiado a Pedro y a sus sucesores puede ejercerse de modos muy diversos. La historia nos ofrece modelos, pero la historia, naturalmente, no puede repetirse. Nos inspira, pero hemos de responder a las nuevas situaciones. No me atrevería, de momento, a sugerir para el futuro realizaciones concretas, posibles y pensables. Quisiera decir solamente dos cosas y así concluyo. La primera: en los años setenta estuve en contacto con un grupo de luteranos de Alemania y de los países escandinavos y pensamos cómo podría presentarse una *Ecclesia catholica confessionis augustanae*; probamos incluso distintas ideas. Lo recuerdo simplemente para decir que, en situaciones concretas,

puede pensarse también en posibilidades concretas, si bien no me atreva a ofrecer un modelo abstracto para un futuro todavía no presente.

La segunda cosa es repetir hoy lo que dije hace veinte años en una conferencia en Graz (Austria) sobre las iglesias ortodoxas. Afirmé que no deberían cambiar mucho internamente, casi nada, en el caso de que se uniesen con Roma. Dos observaciones concretas: Tienen un modo diverso de garantizar la unidad y la estabilidad de la fe común, distinto al de la Iglesia católica en Occidente. No tienen una Congregación para la doctrina de la fe, pero, en la Iglesia ortodoxa, la liturgia y el monaquismo son dos factores muy fuertes que aseguran una coherencia y una firmeza de la fe. La historia demuestra que son medios adecuados y seguros, en este contexto histórico y eclesial, para servir a la unidad fundamental. En segundo lugar, me ha iluminado mucho una aportación del teólogo ortodoxo Meyendorff que, con una franqueza no muy frecuente, diría, realiza tanto una autocrítica del problema de la unidad en las iglesias ortodoxas como una crítica de la Iglesia romana y, así, abre senderos para pensar el futuro (sin indicar de nuevo modelos concretos). Meyendorff critica el universalismo en su forma romana pero critica también, según él dice, el regionalismo tal como se ha configurado a lo largo de la historia en las iglesias ortodoxas. Y subraya que también las iglesias ortodoxas (las cuales probablemente no tendrían la intención de definir el ministerio de la unidad en términos de *ius divinum*, sino más bien de *ius ecclesiasticum*) tienen necesidad de proponer formas institucionales para garantizar y expresar de modo real la dimensión universal de la Iglesia. Afirma además que son precisos tres niveles, que deben compenetrarse entre sí para que se realice la Iglesia en su plenitud. Primer nivel, la iglesia local es iglesia real en la celebración de la Eucaristía. La Iglesia debe, luego, implicar también la dimensión regional, es decir, cultural, nacional, social, y realizarse en ella. Finalmente, la Iglesia debe realizarse también en dimensión universal. Sólo así estamos en la Iglesia querida por el Señor y todos juntos debemos hallar cómo estas tres dimensiones puedan reconciliarse. Me parece que esta no es aún una respuesta concreta, pero indica un camino, una autocrítica sincera y, al mismo tiempo, una crítica objetiva de los otros, en la que podemos encontramos y que, substancialmente, sirve no sólo para las iglesias ortodoxas, sino también para las nacidas de la Reforma. Me detengo aquí de momento.

Profesor Ricca:

Deseo ante todo declarar que, respecto a lo que acaba de decir el cardenal Ratzinger, estoy de acuerdo en el 99%, por no decir al 100%. Más aún, me alegro y me complace. Sobre esta base se puede construir. El concepto mismo de diversidad reconciliada, como saben, es de matriz luterana; y, ciertamente, si Roma lo asumiese y, aunque fuera bajo su propia óptica, lo desarrollase, partiendo también de sus premisas, sería un paso ecuménico de gran relieve. Entro, sin embargo, ahora en las respuestas que había preparado a las preguntas que nos hemos intercambiado, pero, antes que nada, deseo expresar, también personalmente, al cardenal Ratzinger una palabra de gratitud por haber aceptado nuestra invitación.

Algunos se han extrañado de que haya aceptado; otros se han sorprendido de que lo hayamos invitado. Pero en este momento ambas cosas han ocurrido y de ello somos nosotros actores y testigos a la vez. A decir verdad, también nosotros estamos un poco sorprendidos, alegremente sorprendidos por lo que estamos viviendo y, debo añadir ahora, por lo que hemos escuchado. Aunque jamás nos hemos encontrado como lo hacemos hoy, sabemos realmente quiénes somos. Usted, señor cardenal, sabe quiénes somos y nosotros sabemos quién es usted. Nos encontramos por primera vez, pero nos conocemos desde hace ocho siglos. Tenemos unos y otros, más usted que nosotros, que yo, una historia detrás de nosotros; más aún, la tenemos dentro y somos un trozo de esta historia.

Hay a nuestras espaldas un largo y dramático desafío recíproco. Nos hemos retado en el nombre de Jesucristo, que nos une desde siempre, a veces contra nuestro propio deseo. Nos hemos retado acerca de la naturaleza misma del cristianismo, el modo de entenderlo, vivirlo y testimoniarlo. Nuestro pleito, todavía vigente, no afecta a detalles o frívolas cuestiones marginales, sino a la substancia. Representamos dos polos diversos de la conciencia cristiana, dos expresiones diferentes de la fe, de la única fe, dos distintos proyectos de iglesia, de la única Iglesia. Somos, por tanto, plenamente conscientes de nuestras diversidades. Y, no obstante, estamos aquí juntos; no para enmascarar esas diferencias, no para exaltarlas, sino para compartirlas.

¿Por qué estamos juntos? Estamos juntos porque, si es verdad que sabemos, y bastante bien, quiénes somos, no sabemos, sin embargo, aún, quiénes seremos. Y la misma reserva del cardenal en el no proponer modelos,

es decir, en el no saber, es precisamente la actitud que, en el fondo, nos enlaza. Pero creemos que el futuro no debe ser necesariamente y sólo la repetición del pasado. Creemos en un Dios capaz de sorprendernos todavía más de lo que nos sorprende hoy con este encuentro, imprevisto e imprevisible, creando cosas todavía más nuevas dentro de nosotros, a nuestro alrededor y también a veces a través de nosotros; nuestro asombro se halla así atravesado por una secreta espera. La espera de aquello que Jesús llamaba las «cosas mayores» y, esta espera, creo, constituye la raíz última de nuestro estar hoy aquí. Nos encontramos hoy en esta mesa. Pero todos sabemos que hay otra mesa. No nuestra, sino de Dios, a la que hemos sido convocados ya desde hace tiempo. ¿Hasta cuándo obligaremos a Dios a esperarnos?

He subdividido la respuesta de manera muy neta. La del papado y la del ecumenismo.

El papado, como se sabe, es un núcleo crucial del problema ecuménico, porque, por un lado, fundamenta la unidad católica, y, por otro, expresándome un poco brutalmente, impide la unidad cristiana. Esto lo reconoció con gran valentía el Papa Pablo VI en un discurso de 1967, en el cual precisamente dijo (creo que sea el único papa que lo ha dicho) que el papado es el mayor obstáculo para el ecumenismo. Un nobilísimo discurso, además, no sólo por esta afirmación, sino en su conjunto. Nos encontramos aquí, por tanto, con el papado ante un verdadero callejón sin salida. Por un lado, el dogma del Vaticano I, aunque lo pensemos en el contexto del Vaticano II, es decir, a la luz de la colegialidad episcopal y de todo aquello que se ha conseguido a partir de ahí, mantiene invariable su valor, porque se trata de un dogma y, por consiguiente, de un artículo de fe. Conserva inalterable su alcance, los poderes del papa, sus prerrogativas permanecen intactas. Más aún, en cierto sentido, podemos decir que algunos aspectos del dogma del Vaticano I, proclamados en 1870 (pienso concretamente en el papa como pastor universal o pastor de la Iglesia universal), en el fondo, sólo se han concretado hoy, han sido llevados a la práctica, por la rapidez con que puede irse de un sitio a otro, o por la presencia de los medios de comunicación de masas. Este aspecto del dogma estaba, en el fondo, por así decirlo, dormido, y hoy de manera imprevista, se transforma en una realidad vivida. Podríamos decir, pues, que, a pesar del Vaticano II, hoy tenemos más Vaticano I del que había en 1870 y en los ciento veinte años que nos separan de aquella fecha.

También en el plano de la reflexión teológica la carta de la Congregación para la doctrina de la fe, de mayo de 1992, es un documento que extiende, por así decir, la función papal, a todas las fibras de la comunión eclesial, para la cual el papado es parte *materna* (dice la carta). No es sólo un marco externo de la comunión eclesial, sino un principio interno que la constituye, la hace germinar y le otorga aquella cualidad de universalidad que sólo la función papal, según la doctrina católica, está en condiciones de proporcionar. Por otra parte, como saben, como sabemos, continúa más o menos igual la que podríamos designar resistencia al papado que tienen los ortodoxos y las iglesias protestantes, con alguna ligera variante. Pero la situación no se modifica substancialmente, porque la resistencia al Papado (no es una resistencia puramente obtusa y obstinada) es la oposición a un modelo de iglesia que se considera insatisfactorio o que, de algún modo, se tiene la sensación de no compartir y que es distinta, asimismo, de aquella que se juzga que puede extraerse de la predicación de Jesús y del testimonio apostólico. Y por consiguiente, la situación es efectivamente difícil.

Y entonces, ante nosotros, veo en esencia tres posibilidades: O el papado permanece y permanecerá en un futuro próximo -independientemente ahora de todo aquello que puede acontecer- en la lógica de su historia, más o menos tal como hoy. Y entonces es difícil pensar en una unidad cristiana distinta de la que hoy se nos propone, es decir, *cum Petro et sub Petro*. No se ve qué otra posibilidad haya, al menos ajustándose a la situación actual. Pero esta posibilidad de un reconocimiento del papado tal como es, es una probabilidad muy difícil de realizarse y entonces debemos pensar que la unidad será un don final que se nos concederá cuando vuelva Cristo.

La segunda posibilidad es que el papado cambie. Cambie en lo que podríamos llamar una especie de reconversión ecuménica del papado. Ignoro si es una expresión afortunada. Se trata de volver a pensar en profundidad el papado y situarlo, si lo puedo decir así, al servicio de la unidad cristiana. Simplificando: hasta ahora ha estado al servicio de la unidad católica; desde ahora en adelante se pone al servicio de la unidad cristiana. Es una transformación auténtica y plenamente consciente. Naturalmente alguien puede decir: estás soñando. Quizás sí, quizás no; yo no creo que una hipótesis de este género provocara, como alguien puede pensar, una especie de colapso institucional dentro de la Iglesia católica. Sería ciertamente una de esas sorpresas de las que hablaba al comienzo. Sería, según creo, una posibilidad totalmente en línea con un aspecto del papado que es, incluso, su aspecto fundamental también desde el punto de vista de la confesión católica: la

unidad. Se daría, por lo tanto, esta continuidad substancial como exigencia de unidad, como instrumento al servicio de la unidad. Pero no ya simplemente la unidad confesional católica, sino la unidad general, cristiana. Es esta una posibilidad que creo que debe mencionarse, que debería poderse llevar a cabo. Es obvio que la podría poner en marcha sólo un papa. Y tendría también, creo, la bastante sabiduría, y sería lo bastante competente, para hacerlo señalando la continuidad que podría existir en una hipótesis de esta naturaleza.

La tercera hipótesis es que el papa continúe como es, pero no se presente como centro y sostén de la unidad cristiana, sino simplemente como centro de la unidad católica. Las diferentes iglesias, cada una con su concepción de la unidad, después de haber cumplido algunas condiciones previas, se dan la mano y se asocian, como dice el apóstol Pablo en su Carta a los Gálatas. Es decir, hacen lo que los apóstoles de Jerusalén hicieron en su relaciones con el apóstol Pablo -y sabemos qué distinto era Pablo de los apóstoles de Jerusalén y (lo ha dicho también el cardenal Ratzinger), lo distintas que eran las iglesias nacidas del trabajo misionero de Pablo de las que surgieron de otros apóstoles. Pero precisamente allí está esa mano de asociación que se ofrece y que se intercambia. Las iglesias podrían hacer lo mismo, reconociéndose, mutuamente, como iglesias de Jesucristo, realmente unidas entre ellas y realmente distintas, citándose periódicamente en un Concilio verdaderamente universal, en el cual se fijarían las líneas del testimonio, de la acción común; nos animaríamos unos a otros en la única fe, adoraríamos al único Dios Padre, al único Señor Jesucristo y al único Espíritu del que todos somos templo y morada. Es esta unidad de la Iglesia, vista como comunión conciliar, el proyecto, el modelo a grandes rasgos, que se propone y promueve en el ámbito del Consejo ecuménico de las iglesias.

El ecumenismo. Deseo decir nada más que hoy en día la crisis del ecumenismo se debe sustancialmente al hecho de que las iglesias no han cambiado bastante por obra del ecumenismo. Han cambiado en el sentido de que se han abierto, pero no se han movido. Esta es la crisis del ecumenismo. Porque el ecumenismo exige, ciertamente, además de la paciencia de la que hablaba el cardenal Ratzinger, cambios profundos. Llega un momento en que, o cambia la iglesia o el ecumenismo entra en crisis. Y ésta es más o menos la situación en la cual creo que nos encontramos. Se entiende que esta reflexión vale para todas las iglesias. Para transformar la crisis en un relanzamiento, se deben dar tres pasos. Las iglesias deben salir de su narcisismo, de su sectarismo y de su legalismo. Salir de su narcisismo

significa entrar en el horizonte ecuménico, superar la propia centralidad, y «*se ressourcer*», según decía Cóngrar, en las dos centralidades de las que habla el Nuevo Testamento, la Biblia, la revelación: la centralidad de Dios, el Reino de Dios, y la centralidad del prójimo, en primer lugar del otro cristiano, como el primer prójimo. De esta forma entiendo que se supera el narcisismo: si no se supera esto, si no se va más allá de las afirmaciones de la propia centralidad, no se pasa de la crisis al relanzamiento.

Segundo: superación del sectarismo. ¿Qué quiere decir? ¿Cómo se supera el sectarismo? Porque hay mucho sectarismo en las iglesias, tanto en las protestantes como en las ortodoxas y también en la católica (¡acepten que se les diga!). A primera vista, parece que no. Hablamos de las sectas como si fueran siempre los otros, pero hay un sectarismo escondido y, algunas veces, también teologizado dentro de muchas conciencias cristianas. Ahora, ¿cómo se supera el sectarismo? De una sola manera: comprendiendo los valores, digo más, aprendiendo a amar la diversidad y más aún aquellas diversidades que, como mucho, hemos mirado con curiosidad y quizás con un secreto disgusto. Únicamente amando la diversidad podrá alcanzarse el reconocimiento recíproco de las iglesias. En tercer lugar hay que salir del legalismo. Puede decirse que el ecumenismo no ha nacido todavía y está ya sofocado por mil normas que lo quieren orientar, tutelar, proteger, defender, pero también controlar, amurallar, domesticar. A menudo se está legislando sobre el ecumenismo antes de que nazca. No existe todavía el ecumenismo, pero ya existe la ley sobre el ecumenismo. Parece que hay miedo de que crezca. Creo -y deseo decirlo en este lugar- que las iglesias deberían inmediatamente proclamar una nueva libertad: la libertad del ecumenismo. ¡Dejémoslo vivir! ¡Dejémoslo correr! ¡Dejémoslo crecer! Y luego haremos las leyes. Se necesita, se necesita siempre la ley, ciertamente, pero después, no antes. No sabes aún lo que es y ya lo has enmarcado, lo has organizado. Así pues: proclamar la libertad del ecumenismo como parte esencial hoy de la famosa libertad cristiana que, para quien ama el ecumenismo, es el alma del movimiento mismo.

Moderador:

Preguntemos a los relatores cuáles son los problemas que brotan en la sociedad y en el mundo y desafían a las iglesias para que den un testimonio eficaz.

Profesor Ricca:

Esta es la pregunta más difícil y comprometida. ¿Por qué es difícil responder? Porque, por un lado, somos conscientes de la multiplicidad y la variedad de los retos dirigidos hoy a las iglesias y, por otro, tenemos como creyentes, como cristianos, cada día más viva la conciencia de que el cristianismo tiene necesidad de esencialidad, esto es, de centrarse en lo esencial, de alcanzar también por medio de los objetivos ecuménicos aquello que llamamos lo esencial cristiano. En cuanto al tema de los desafíos, solamente los elenco: Está el reto de las religiones, para el que estamos muy poco preparados teológica y psicológicamente, porque además procedemos de una historia que no nos ayuda en esta tarea. Está el gran desafío del diálogo, del encuentro con Israel. Es otro tema sin límites, que, como saben, está unido al de la identidad misma del cristianismo. Existe el desafío de la laicidad, vista ahora no tanto en el sentido habitual de las lamentaciones eclesíásticas sobre la Europa secularizada, sobre el mundo secularizado, sobre la humanidad que ha dejado de creer, etcétera, sino vista, por el contrario, en clave de la búsqueda de una nueva gramática de la fe, de un nuevo lenguaje, cuya exigencia sintió hace ya cincuenta años Bonhöffer. Un lenguaje que, sin ser religioso, tenga la densidad precisa para orientar hacia la realidad de Dios. Éste es quizás el mayor reto y también el que debería implicarnos ecuménicamente de la forma más decisiva. Viene luego el gran desafío de la ética, que es hasta ahora el ámbito ecuménico menos tratado, porque probablemente es también la esfera en la cual se cree que las confesiones tenemos las diferencias más radicales; pero puede ser que precisamente la ética podría revelarse, en un análisis más atento y cuidadoso, como el terreno fecundo para el encuentro ecuménico. Están todos los desafíos lanzados al cuerpo de Cristo desde las heridas, desde el martirio -podemos decirlo sin retórica alguna- del cuerpo de la humanidad. Además de estos desafíos externos, están los internos. Comenzando por nuestras divisiones, jamás solucionadas. Nuestras incoherencias, nuestra impotencia, y sigan contando. Pero el mayor reto es el de Dios mismo, el de su Palabra con todas sus maravillosas promesas, el de su reino próximo -*el reino de Dios está en medio de vosotros*- el de su Espíritu que sopla, crea y renueva la faz de la tierra.

Pueden ver, a partir de este inventario, lo que significa hablar de los desafíos que la comunidad cristiana debe afrontar hoy. Pero, por otra parte, advertimos la necesidad de concentrarnos en lo esencial. De tener una consigna. Y entonces, si se me pregunta hoy (así he interpretado esta

pregunta) cuál es esta consigna, respondo, todavía después de pasados cincuenta años, con la que dio Bonhöffer: lo esencial del cristianismo hoy es rezar y practicar la justicia. Este podría ser verdaderamente un programa ecuménico espléndido. Rezar, el pan de Dios y practicar la justicia, el pan del prójimo. El pan de cada día. Podría decir lo mismo con otras palabras que también me venían a la mente mientras me preparaba. Son palabras antiguas, palabras clásicas, bíblicas. Si hubiera que decir lo esencial hoy, lo diría con tres palabras de la carta de san Pablo a los corintios: fe, esperanza y amor. Añadiendo, sin embargo que, hasta hoy, en los veinte siglos de nuestra historia -y lo podemos decir mirándonos a los ojos y pensando en tantas vicisitudes del pasado- hemos sido quizás en exceso la iglesia de la fe o de lo que nosotros creíamos que lo era. Hemos sido un poco menos la iglesia de la esperanza; pero bien o mal no la hemos olvidado del todo. Quizás no hemos sido todavía bastante la iglesia del amor. De la ayuda sí, de la beneficencia sí, de la asistencia sí, pero la iglesia del amor, esto quizás podría ser lo esencial del ecumenismo, con el que la cristiandad hoy, en el umbral del tercer milenio, podría presentarse y actuar en medio de los hombres.

Cardenal Ratzinger:

Reflexionando en el tiempo muy reducido que tengo a mi disposición para contestar a esta pregunta, me ha venido a la mente (y aquí mi pensamiento coincide con el del profesor Ricca) la palabra esencialización. Debemos realmente retornar al centro, a lo esencial o, con otras palabras: el problema central de nuestro tiempo es la ausencia de Dios y por ello, el deber prioritario de los cristianos es dar testimonio del Dios vivo. Me parece que, por encima de cualquier moralismo, de todos los deberes que tenemos, hemos de testimoniar con fuerza y claridad lo que es el centro de nuestra fe. Debemos hacer presente en nuestra fe, nuestra esperanza y nuestra caridad, la realidad del Dios vivo. Si existe hoy un problema de moralidad, de recomponer moralmente la sociedad, me parece que procede de la ausencia de Dios en nuestro pensamiento, en nuestra vida. Procede, para ser más concretos aún, de la desaparición de la fe en la vida eterna, que es vida con Dios.

Estoy convencido de que hoy el deísmo -es decir la idea de que Dios existe pero a fin de cuentas no penetra en nuestra vida- está vigente no sólo

en el llamado mundo secularizado, sino que es un factor determinante, hasta alcanzar una dimensión peligrosa, dentro de las iglesias y de nuestra vida de cristianos. No nos hemos atrevido a hablar de la vida eterna y del juicio. Dios se ha convertido para nosotros en un Dios lejano, un Dios abstracto. No tenemos ya el valor de creer que esta criatura, el hombre, es tan importante a los ojos de Dios, que se preocupa y ocupa con nosotros y de nosotros. Pensamos que todas estas cosas que hacemos son cosas nuestras y, para Dios, si existe, no pueden tener mucha importancia. Así, hemos decidido construir desde nosotros mismos, reconstruir el mundo, y no contamos de verdad con la realidad de Dios, del juicio y de la vida eterna. Pero si prescindimos en nuestra vida de hoy y de mañana de la vida eterna, todo cambia: porque el ser humano pierde su gran honor, su gran dignidad. Y todo llega a ser manipulable. Pierde su dignidad esta criatura imagen de Dios y la inevitable consecuencia de eso es la descomposición moral, buscarse a sí mismos en el breve tiempo de esta vida; debemos inventar nosotros el mejor modo de realizar nuestra vida y la vida en este mundo. Por eso, nuestro quehacer fundamental, si queremos contribuir a la vida humana y a la humanización de la vida en este mundo, es volver a hacer presente y, por así decir, casi palpable esta realidad de un Dios que vive, de un Dios que nos conoce y nos ama, bajo cuya mirada vivimos, un Dios que reconoce nuestra responsabilidad y de ella espera la respuesta de nuestro amor realizado y concretizado en nuestra vida de cada día.

Me parece que el mayor riesgo de la Iglesia, de los cristianos, es refugiarse en un cierto moralismo para ser más aceptables, más inteligibles en el mundo secularizado, dejando aparte lo esencial. Y este moralismo puede tener, tiene a menudo, fines realmente válidos, buenos, pero, si se convierte en puro moralismo, sin estar animado por la fe en Dios, en último término carece de fuerza y no puede modificar la vida humana. Por esta razón, esta prioridad del testimonio del Dios vivo me parece el imperativo que nos une, puesto que todos los cristianos estamos unidos en la fe de este Dios que se ha revelado, encarnado en Jesucristo. Dar este testimonio esencial ante el mundo de hoy, el mundo cristiano y el no cristiano, nos une precisamente si no ponemos la mira de modo inmediato en las cuestiones eclesíásticas, ecuménicas, sino en dar el testimonio esencial de Dios sin fijarnos en nosotros mismos. Y me parece que todo lo demás viene después. Si vivimos a los ojos de Dios y si Él es la prioridad de nuestra vida, de nuestro pensamiento y de nuestro testimonio, detrás llega todo lo demás. Viene el compromiso por la paz, viene necesariamente el compromiso en favor de la

creación, la protección y el compromiso en favor de los débiles, el compromiso por la justicia y el amor. Estoy, pues, de acuerdo con todos esos desafíos de los que ha hablado Ricca. Quisiera subrayar que todos están unidos, centralizados en este primer reto de creer realmente y dar testimonio del Dios vivo.